

CAPITULO XIII.

Continúa nuestra permanencia en Nueva York. Paseo que hicimos por las calles del comercio y compras que nos eran necesarias; nuestro regreso al hotel. Nuestra visita á Marta, quien nos continúa su interesante historia. Nuevas amistades que formamos en el hotel; el caracter de las americanas. Primer domingo que pasamos en Nueva York, nuestra visita á los templos. Las señoras H. su finesa para con nosotras. Nuestra asistencia á la misa en la catedral católica. Sensacion que experimenta el alma del creyente al verse en sus templos en los países donde no impera el catolicismo. La ceremonia religiosa. Lo que nosotras experimentamos. Aspecto que presentan los países protestantes en los dias festivos. Los templos protestantes y sus ceremonias, impresion que nos causaba el visitarlos. Templo griego, ceremonias que en él vimos; sensaciones que experimentamos. El templo de los Cuakeros. Lo que pasaba en su interior, impresion que causó en nosotras. Nuestro paseo por la Quinta Avenida. Nuevos templos que visitamos, impresion que recibimos, nuestro regreso al hotel. Estado de nuestro espíritu, deseos que abrigábamos. Nuestra visita á los museos, el de historia Natural. La coleccion de aves; los insectos, los cuadrúpedos. Los peses. El Museo de Barnun. Representacion que vimos. Las culebras, las Circacianas. Nuestro regreso al hotel.

En Nueva York pasábamos muy agradablemente el tiempo, sin desperdiciar ninguna hora, durante el dia siempre estábamos fuera, y en la noche algunas veces tambien salíamos ó bien á pasear, ó á algunos convites, de los cuales nos reservamos hablar mas adelante; ó á las diversas representaciones de los teatros. Cuando nos quedábamos en el hotel, regularmente nos dirijíamos

al primer salon de conversacion, donde se hallaban reunidas en grata tertulia muchas de las personas que habitaban en el hotel, y allí, en amena conversacion, leyendo, viendo variadas vistas, jugando juegos de sociedad, ó bien cantando, ó tocando, se pasaba sin sentir la noche de un modo muy ameno y agradable. A las once por lo comun nos recojimos.

Nuestra permanencia en Nueva York fué por lo tanto deliciosa, y nunca podremos olvidar las impresiones que recibimos en esa hermosa ciudad.

Era esto natural, puesto que era la vez primera que se presentaban ante nuestra vista, cuadros tan extraordinarios, y que tan vivamente herian la imaginacion.

La mañana del siguiente dia de nuestra permanencia en Nueva York, nos invitó nuestro muy querido papá, para ir al comercio á hacer algunas compras, porque como hemos dicho ya, estábamos aun, se puede decir, en el corazon del invierno; el frio era espantoso, y nuestros trajes lijeros; de modo que nos era forzoso comprar los abrigos que en esa época y en aquellas ciudades del Norte se acostumbraban. Pues bien, pronto nos dirijimos á Broadway, hacia aquel lugar, en que hicimos notar se encuentran los almacenes

de ropa mas frecuentados, y en seguida á la tercera avenida, donde tambien hay muchos; entramos en ellos, y no solo examinábamos estos lugares, sino que era nuestro examen general sobre todo lo que veíamos, y muy minucioso.

¿Qué cosa puede faltar en poblaciones como Nueva York? Nada, absolutamente nada. De manera que, despues de permanecer un largo rato en estas calles para hacer nuestras compras, regresamos al hotel; media hora despues los diferentes mozos de las tiendas donde habíamos comprado se presentaron depositando en nuestro poder los diferentes objetos que habíamos dejado señalados, y de los cuales presentaban el respectivo recibo de su importe. ¡Qué bellas son estas cosas! ¡Cuanta comodidad se goza en todo en aquellos países!

Ese dia debíamos ir á ver á Marta, al menos así se lo habíamos profetido, para que nos continuase su historia, porque aunque debíamos permanecer en Nueva York algunos dias para conocer bien la ciudad y descansar; sin embargo, era siempre prudente apresurar su conclusion: efectivamente despues de comer, ya vestidas con los abrigos y trajes propios de aquella estacion, nos dirigimos al hotel Metropolitano: á poco la simpática Marta nos recibia en su dormitorio.

Os he recibido aquí nos dijo, en primer lugar para daros una prueba de confianza, y tambien para que podamos permanecer solas sin ser molestadas por nadie, lo cual no sucede en los salones de conversacion que, como son generales, encuéntranse continuamente llenos de personas que privan á uno del placer de poder hablar con libertad.

Mucho agradecemos esta muestra de afecto y complacencia que sabemos apreciar en su verdadero sentido, [le contestamos estrechando su mano.

Entónces nos hizo sentar á su lado en los cómodos muebles que adornaban su pieza; Julia se encontraba entretenida cerca de la ventana viendo pasar la gente, además, tenia en sus brazos un precioso «Babe» que su mamá acababa de comprarle, y esto la habia tenido muy quieta y de un humor magnífico todo el dia, segun nos dijo Marta.

Nuestra conversacion jiró al principio sobre varios puntos, y se alargó algo, cuando comenzamos á manifestar á Marta la impresion que nos habia causado el dia anterior nuestro paseo por Broadway y la quinta Avenida, hablabamos con tal entusiasmo, que Marta nos escuchaba con la mayor atencion y complacencia; luego nos ofre-

ció acompañarnos en nuestras escurciones para que conociésemos juntas todo lo mas notable de esa gran ciudad.

—Si quereis amigas mias, nos dijo, nos juntaremos todos los dias á ciertas horas, con el objeto de pasear y conocer algo nuevo, y vereis cuan agradablemente se pasarán las horas, ¿no os parece?

¡Que respuesta habiamos de dar á la simpática Marta!

Nos hacia el más cariñoso ofrecimiento, fruto tan solo de su cariño, y nos hubiera sido imposible no admitirlo; además él resultaba en nuestro provecho; así se lo manifestamos dándole las más expresivas gracias, y quedamos de juntarnos diariamente con ella en cierto punto designado, á una hora, fija.

Despues que todo lo dejámos arreglado sobre ese particular, le rogamos que continuara su historia.

—¡Ay! Marta le dijimos, son ya muy pocos los dias que nos restan de estar juntas; pronto el Océano se interpondrá entre nosotras, quizá nunca nos volveremos a ver!... Aprovechemos, pues, estos últimos dias; permanezcamos lo más que podamos juntas, y aunque esto mismo hará más dolorosa nuestra separacion, sin embargo-

nos dejará el consuelo de haber aprovechado todos los momentos para reunirnos, lo que claramente nos probará que nuestro afecto, aunque formado en el breve trascurso de un viaje, adquirió las dimensiones colosales de una sólida y verdadera amistad.

—Marta contestó con frases de cariño nuestras palabras, y dejando aplazada para el dia siguiente la comision que debiamos ejecutar, Marta nos dijo: puesto que así lo quereis, mañana iremos á buscar el domicilio de Mr. N., y hoy nos ocuparemos de mi triste historia, cuyo doloroso desenlace debo revelaros.

Nosotras fijamos toda nuestra atencion en las palabras de Marta, y ésta despues de dirigir una mirada llena de ternura á Julia, nos habló en estos términos:

—Tengo hoy que hablar á vdes. no de mi vida tranquila en el hogar paterno, ni del amor y caricias de mi esposo; voy á narrarles una historia de lágrimas y de martirios... la realizacion de un presentimiento... la consecuencia inevitable de una falta... y al hablar así su acento era severo, y en su semblante se pintaba algo sombrío que revelaba todo su dolor!...

Un año habia trascurrido desde que uní mi suerte á la de Arturo, continuó; durante este

tiempo, no habia yo tenido ni un motivo de queja respecto á mi esposo, y sin embargo no era yo feliz! funestos temores me asaltaban siempre, y al través de esa aparente calma, parecíame leer tormentos en el porvenir!.....

Era el mes de Mayo, y me hallaba en vísperas de ser madre, hacia ya algun tiempo que habia yo notado cierto cambio en el carácter de mi esposo, que me inquietaba; la alegría se habia borrado de sus semblante, y su génio habia adquirido cierta asperéz, cierto aire de dolor y de profunda melancolía, que inquietaba mi alma involuntariamente, y me causaba terror: un dia en que mas abatido que de costumbre habia llegado Arturo, me dirigí á su cuarto, estaba sentado cerca de su escritorio, inclinada la cabeza entre sus manos, y entregado al parecer á la meditacion mas profunda; me acerqué mas á él, y me quedé contemplándolo, estaba tan absorto, que no notó mi llegada; con el corazon oprimido, y trémula ante el dolor de mi esposo, guardé silencio, y me disponia á partir, cuando el acento de su voz me detuvo. Nó, decia hablando consigo mismo, preciso es consumir el crimen!.... yo me uní á ella tan solo por interés, cándida y pura la conduje al altar, sin que una sola sensacion de amor agitara mi pecho; he vivido un año á su lado, y..... no la amo,

sin embargo, cuando ha llegado el momento de darla el golpe, cuando debo arrancar á esa infeliz la vida, y destruir con ella al hijo inocente, á quien yo mismo dí el ser, mi mano tiembla y me falta el valor!.....

¡Oh! Seria ridículo que un criminal, avesado al crimen, hoy retrocediese! Nó, no pueden abrigarse sentimientos nobles en el corazon empedernido del presidario de Ceuta!

Al escuchar yo estas palabras, sentí que las fuerzas me abandonaban, un frio sudor corria por mis débiles miembros, y un ¡ay! iba á exhalarse de mi pecho; pero comprendiendo que, si mi esposo me sorprendia, era perdida, hice un esfuerzo sobre natural para contenerme, y en efecto pude lograrlo.

Lo que mi esposo decia me interesaba sobre manera; pero comprendí tambien desde luego, que no era nada prudente que él notase que yo estaba allí, que lo observaba, y habia escuchado todo, y sin embargo, aunque su primera revelacion me habia dado un golpe mortal, no pude prescindir del ánsia que me consumia por seguir escuchando las funestas palabras de mi esposo.

Mas para no correr el peligro inminente de ser descubierta por él en algun movimiento involuntario que hiciera, con profundo cuidado y

sin hacer el menor ruido salí de la pieza, y me coloqué en la siguiente cerca de la puerta, y oculta entre las cortinas de damasco que la adornaban.

En esos momentos, temblaba yo como la débil hoja sacudida por la fuerza del huracán! fijé mi atención en las palabras de Arturo, y aun podía fácilmente y sin peligro, observar sus movimientos.

Mi esposo abrió un pliego que tenía entre sus manos, y leyó lo siguiente:

«En el caso de una muerte imprevista, nombro, si no tengo ningún hijo, como heredero universal de toda mi fortuna á Arturo.»

Quedóse contemplando este pliego, y luego dijo; Sí, es preciso que Marta lo firme, porque si nó.....

En seguida añadió con una fatal sonrisa. Nó, no es esto forzoso, en mis manos están todos los negocios, todos los documentos importantes del inmenso capital de mi esposa, y además, como no consta que de su voluntad halla legado nada á nadie, el día de su muerte será también aquel, en que libremente pueda yo disponer de su gran fortuna, y entonces podré gozar de ella enteramente; no tendré que vivir sugeto y aparentando un amor, que en realidad no existe en el

fondo de mi corazón.... ¡Pobre Marta! Si ella supiera los planes que en este momento estoy forjando, por cierto que no estaría muy tranquila; pero ¡qué remedio! es preciso que se cumplan mis proyectos!.....

¡Ah! Si acaso no pueden realizarse de esta manera, entonces si tendré que valerme de aquel horrible proyecto que tengo arreglado, y para lo cual todo está también á mi disposición.

Hasta hoy Marta me tiene en el mejor concepto, jamás ha visto en mí nada, fuera de un amor ardiente, bajo el cual he ocultado todos mis sentimientos. La suerte me favoreció, porque si no hubieran muerto los padres de esta joven, ella no habría llegado á ser mi esposa, y entonces, ya hubiera tenido trabajo para formar un capital como el que hoy tengo. ¡Ah! los padres de Marta nunca la habrían dejado ser la esposa del fugado presidario de Ceuta, condenado á cadena perpétua por los sencillos crímenes de tres asesinatos, un robo de la miserable cantidad de 20,000 pesos, y los plagios de cinco jóvenes.

Al pronunciar estas palabras, Arturo se sonrió como complaciéndose en algún recuerdo infame, y en seguida se puso á escribir; yo entonces me separé de esa cortina testiga de mis tormentos, y moribunda y desfallecida, pudiendo apenas sos-

tener mis vacilantes pasos, me dirigí á mi pieza, cerré con llave la puerta, y me arrojé en mi lecho en un estado lamentable.

La pena me agiobiaba.... tenía un nudo en la garganta que me impedía respirar con libertad, y mi cuerpo temblaba aun, bajo la impresion de las terribles palabras, que habia sorprendido en los labios del infame que me habia hecho su esposa, y á quien por tanto tiempo habia amado!

En aquel instante pasaron ante mis ojos, los tranquilos años, en que feliz y venturosa se deslizaba mi vida al lado de mis buenos padres; recordé su ternura y sus caricias, resonaron en mis oídos sus protestas de amor al exijirme que olvidase á Arturo.

Transportéme despues á la cabecera del lecho de mi madre moribunda, y me estremecí al recordar la promesa que en ese lecho de muerte formularon mis labios. ¡Oh!..... despues me ví unida para siempre al infame presidiario, al hombre vil que me habia manchado con su infamia, al criminal que hoy intentaba mi muerte.... y á este pensamiento la sangre se heló en mis venas.

Parecíame ver por una parte un puñal en las manos de mi esposo, próximo á introducirse en mi pecho; parecíame escuchar la voz de mi hija

que me decia: ¿me has dado el ser para arrancarme la vida antes de ver la luz del día?... y á este pensamiento, horrorizada salté de mi lecho.

Entonces se presentaron ante mi esaltada vista las sombras de mis padres, que amenazantes avanzaban hácia mí repitiendo: "tú lo has querido, no tienes derecho á quejarte.".... á estas imágenes caí arrodillada, y prorrumpiendo en un mar de lágrimas elevé mis ojos al cielo exclamando.

¡Oh! vosotros que me disteis el ser, padre.... madre mia.....tened piedad de vuestra hija!....

Vosotros que desde el cielo contemplais mis martirios, defended á esta infeliz! no me dejeis abandonada y sin consuelo!.....

El llanto ahogó mi voz, y permanecí en la misma actitud y sollozando.

Así transcurrió media hora, unos golpes dados á la puerta me hicieron estremecer, incorpóreme llena de horror, y corrí á ocultarme tras las colgaduras de mi cama.

Los golpes se repitieron, y la voz de mi esposo se hizo oír, introduciendo en mi alma el espanto!

Marta, abre, yo soy, repetía Arturo, y yo temblando no respondía, traicionandome así á mí misma. Los golpes resonaron por tercera vez, y Arturo ya impasiente murmuró. ¿No has es-